

IDENTIDAD CULTURAL

Sigo pensando en ese maravilloso quehacer que llamamos promoción cultural alternativa. Nada nuevo afirmo cuando digo que hay que partir de lo propio, de lo que somos, de lo que hemos sido; partir de lo que podemos, de lo que tenemos; con alegría y con pasión, resistir, curarnos, creernos, querernos, vigilar nuestros afanes protagónicos y las posibles recaídas en luchas estériles por el poder, en las que a veces se convierte la promoción. Hay que estar atentos para revisar nuestros puntos flacos y descubrir nuestros puntos de energía.

La salud, la vivienda, el descanso, la recreación, la alimentación, la reproducción misma, son necesidades universales, pero, en las diversas formas de reconocerlas, de enfrentarlas y de resolverlas se crean culturas diferenciadas. No existe para mí una identidad cultural prefigurada, única, nacional, de las personas y de los pueblos. Hay una búsqueda ontológica constante por diversos caminos, una invención permanente de lo que somos. Por tanto, no se trata de desenterrar nuestra identidad como si fuera un fósil; defenderla y preservarla como un tótem; transmitirla de generación en generación como un conjuro.

Lo que quiero decir es que la llamada identidad cultural no es algo que se tiene o que se alcanza como una meta, como un estadio dado, en el proceso del desarrollo cultural. Para mí la identidad es más que nada una forma peculiar de ser (de pensar, de sentir, de vivir, de morir) y una conciencia de ser lo que se es en medio de la diversidad.

Tenemos, como seres humanos, para el nuevo milenio y entre otros retos fundamentales, el de transformar radicalmente nuestras formas de relación y comunicación con la infancia y la juventud. Se trata de reconocer sus derechos, estar dispuestos a correr el riesgo de que jueguen un papel protagónico en la construcción de nuestro mundo, pero, más aún, se trata de desmitificar nuestra autoridad. Abrir nuestros corazones ante ellos, tener el valor de reconocer nuestros errores y debilidades frente a ellos y propiciar que asuman el papel de educadores. En ellos y ellas podremos tener a los mejores promotores de nuestro desarrollo y del desarrollo comunitario.

Carlos de la Mora, profesor y promotor cultural independiente